

El banquete

APOLODORO: Me considero bastante preparado para referiros lo que me pedís, porque ahora mismo, según iba yo de mi casa de Falero a la ciudad, un conocido mío, que venía detrás de mí, me vio y me llamó desde lejos:

—¡Hombre de Falero! —gritó en tono de confianza—, ¡Apolodoro! ¿No puedes pararte?

Yo me detuve y le aguardé. Me dijo:

—Justamente andaba en tu busca, porque quería preguntarte lo ocurrido en casa de Agatón el día que Sócrates, Alcibiades y otros muchos comieron allí. Se dice que toda la conversación trató sobre el amor. Yo supe algo por uno, a quien Fénix, hijo de Filipo, refirió una parte de los discursos que se pronunciaron, pero no pudo decirme el pormenor de la conversación, y solo me dijo que tú lo sabías. Cuéntamelo, pues, tanto más cuanto es un deber en ti dar a conocer lo que dijo tu amigo. Pero, ante todo, dime: ¿estuviste presente en esa conversación?

—No es exacto, y ese hombre no te ha dicho la verdad —le respondí—; puesto que citas esa conversación como si fuera reciente, y como si hubiera podido yo estar presente.

—Yo así lo creía.

—¿Cómo —le dije—, Glaucón? ¿No sabes que hace muchos años que Agatón no pone los pies en Atenas? Respecto a mí aún no hace tres años que trato a Sócrates.

tes, y que me propongo estudiar asiduamente todas sus palabras y todas sus acciones. Antes andaba vacilante por uno y otro lado, y creyendo llevar una vida racional, era el más desgraciado de los hombres. Me imaginaba, como tú ahora, que en cualquier cosa debía uno ocuparse en vez de la filosofía.

—Vamos, no te burles, y dime cuándo tuvo lugar esa conversación.

—Éramos muy jóvenes tú y yo; fue cuando Agatón consiguió el premio con su primera tragedia, al día siguiente de hacer un sacrificio a los dioses en honor de su triunfo, rodeado de sus coristas.

—Pues sí que fue hace tiempo; pero ¿quién te ha dicho lo que sabes? ¿Sócrates?

—No, ¡por Zeus! —le dije—. Me lo ha dicho el mismo que se lo refirió a Fénix, que es un cierto Aristodemo, del pueblo de Cidatenes; un hombre pequeño, que siempre anda descalzo. Este se halló presente, y si no me engaño, era entonces uno de los más apasionados de Sócrates. Algunas veces pregunté a este sobre las particularidades que me había referido Aristodemo, y vi que concordaban.

—¿Por qué tardas tanto —me dijo Glaucón— en contarme la conversación? ¿En qué cosa mejor podemos emplear el tiempo que nos resta para llegar a Atenas?

Yo estuve de acuerdo, y continuando nuestra marcha, entramos en materia. Como te dije antes, estoy preparado, y solo falta que me escuches. Además del provecho que encuentro en hablar u oír hablar de filosofía, nada hay en el mundo que me cause tanto placer; mientras que, por el contrario, me muero de fastidio cuando os

El banquete

oigo a vosotros, hombres ricos y negociantes, hablar de vuestros intereses. Lloro vuestra obcecación y la de vuestros amigos; creéis hacer maravillas, y no hacéis nada bueno. Quizá también por vuestra parte os compadezcáis de mí, y tal vez tengáis razón; pero no es una mera creencia mía, sino que tengo la seguridad de que sois dignos de compasión.

AMIGO DE APOLODORO: Tú siempre el mismo, Apolodoro; hablando mal siempre de ti y de los demás, y persuadido de que todos los hombres, excepto Sócrates, son unos miserables, empezando por ti. No sé por qué te han dado el nombre de Furioso; pero sé bien que algo de esto se advierte en tus discursos. Siempre se te encuentra desabrido contigo mismo y con todos, excepto con Sócrates.

APOLODORO: ¿Te parece, querido mío, que es preciso ser un furioso y un insensato para hablar así de mí mismo y de todos los demás?

AMIGO DE APOLODORO: Déjate de disputas, Apolodoro. Acuérdate ahora de tu promesa, y cuéntame los discursos que pronunciaron en casa de Agatón.

APOLODORO: He aquí lo ocurrido poco más o menos; o mejor será que tomemos la historia desde el principio, como Aristodemo me la contó.

Encontré a Sócrates —me dijo— que salía del baño y se había calzado las sandalias contra su costumbre. Le pregunté adónde iba tan arreglado.

—Voy a comer a casa de Agatón —me respondió—. Rehusé asistir a la fiesta que daba ayer para celebrar su victoria, por no juntarme con una excesiva concurrencia; pero di mi palabra para hoy, y he aquí por qué me en-

cuentras tan arreglado. Me he puesto guapo para ir a la casa de tan bello joven. Pero, Aristodemo, ¿qué te parece venir conmigo, aunque no hayas sido invitado?

—Como quieras —le dije.

—Sígueme, pues, y cambiemos el proverbio, probando que un hombre de bien puede ir a comer a casa de otro hombre de bien sin ser invitado. Con gusto acusaría a Homero, no sólo de haber cambiado este proverbio, sino de haberse burlado de él, cuando después de representar a Agamenón como un gran guerrero, y a Menelao como un combatiente endeble, hace concurrir a Menelao al festín de Agamenón sin ser invitado; es decir, presenta a un inferior asistiendo a la mesa de un hombre que está muy por encima de él.

—Temo —dije a Sócrates—no ser tal como tú querías, sino más bien según Homero; es decir, alguien vulgar que se sienta a la mesa de un sabio sin ser invitado. Por lo demás, tú eres el que me guías y a ti te toca salir a mi defensa, porque yo no confesaré que voy allí sin que se me haya invitado, y diré que tú eres el que me invitas.

—Somos dos —respondió Sócrates—, y ya a uno ya a otro no nos faltará qué decir. Vayamos.

Nos dirigimos a la casa de Agatón durante esta charla, pero antes de llegar, Sócrates se quedó atrás entregado a sus propios pensamientos. Me detuve para esperar, pero me dijo que siguiera adelante. Cuando llegué a la casa de Agatón encontré la puerta abierta, y me sucedió una aventura curiosa. Un esclavo de Agatón me condujo enseguida a la sala donde tenía lugar la reunión; estaban ya todos sentados a la mesa y esperando que se les sirviera. Agatón, al verme, exclamó:

El banquete

—¡Oh, Aristodemo! Seas bienvenido si vienes a comer con nosotros. Si vienes a otra cosa, ya hablaremos otro día. Ayer te busqué para suplicarte que fueras uno de mis invitados, pero no pude encontrarte. ¿Y por qué no has traído a Sócrates?

Miré para atrás y vi que Sócrates no me seguía, y entonces dije a Agatón que yo mismo había venido con Sócrates, ya que él era el que me había invitado.

—Has hecho bien —replicó Agatón—; pero ¿dónde está Sócrates?

—Me seguía y no sé qué ha podido suceder.

—Esclavo —dijo Agatón—, vete a ver dónde está Sócrates y tráelo aquí. Y tú, Aristodemo, siéntate al lado de Eriximaco. Esclavo, lávale los pies para que pueda ocupar su puesto.

Entonces vino un esclavo a comunicar que había encontrado a Sócrates de pie en el umbral de la casa próxima, y que pese a haberle invitado, no había querido venir.

—¡Vaya una cosa singular! —dijo Agatón—. Vuelve y no le dejes hasta que haya entrado.

—No —dije yo entonces—, dejadle.

—Si a ti te parece así —dijo Agatón—, de acuerdo. Ahora vosotros, esclavos, servidnos. Traed lo que queráis, como si no tuvierais que recibir órdenes de nadie, porque eso es algo que nunca he hecho. Tratadnos a mí y a mis amigos como si fuéramos huéspedes invitados por vosotros mismos. Hacedlo lo mejor posible, que en ello va vuestra reputación.

Comenzamos a comer y Sócrates no aparecía. A cada instante Agatón quería que se le fuese a buscar, pero yo lo impedí en todas las ocasiones. Al final Sócrates entró

después de habernos hecho esperar algún tiempo, según su costumbre, cuando estábamos ya a media comida. Agatón, que estaba solo sobre una cama al extremo de la mesa, le invitó a que se sentara junto a él.

—Ven, Sócrates —le dijo—, permite que esté lo más próximo a ti para ver si puedo ser partícipe de los magníficos pensamientos que acabas de descubrir; porque estoy convencido de que has descubierto lo que buscabas, pues de otra manera no hubieras dejado el dintel de la puerta.

Cuando Sócrates se sentó, dijo:

—¡Ojalá, Agatón, la sabiduría fuese una cosa que pudiese pasar de un espíritu a otro cuando dos hombres están en contacto, como corre el agua por una hebra de lana de una copa llena a una copa vacía! Si el pensamiento fuese de esta naturaleza, sería yo quien se consideraría dichoso estando cerca de ti, y me vería, a mi parecer, rebosante de esa buena y abundante sabiduría que tú posees; porque la mía es una cosa mediana y equívoca; o, mejor dicho, es un sueño. La tuya, por el contrario, es una sabiduría magnífica y rica en bellas esperanzas como lo atestigua el vivo resplandor que arroja ya en tu juventud, y los aplausos que más de treinta mil griegos acaban de prodigarte.

—Eres muy burlón —replicó Agatón—, pero ya examinaremos cuál es mejor, si tu sabiduría o la mía; y Dionisos será nuestro juez. Ahora de lo que se trata es de comer.

Sócrates se sentó, y cuando él y los demás invitados acabaron de comer, se hicieron libaciones, se cantó un himno en honor del dios y, tras las demás ceremonias ha-

bituales, se habló de beber. Pausanias tomó entonces la palabra:

—Veamos —dijo— cómo podremos beber sin que nos perjudique. En cuanto a mí, confieso que me siento aún perjudicado por la juerga de ayer, y tengo necesidad de parar un poco; creo que la mayor parte de vosotros está en el mismo estado, porque ayer estabais conmigo. Procuremos, pues, beber con moderación.

—Pausanias —dijo Aristófanes—, me satisface tu propuesta de beber con moderación, porque yo fui uno de los que más se excedió anoche.

—¡Cuánto celebro que estéis de ese humor! —dijo Eriximaco, hijo de Acúmenes—; pero falta por conocer la opinión de alguien. ¿Cómo te encuentras, Agatón?

—Igual que vosotros —respondió.

—Tanto mejor para nosotros —replicó Eriximaco—, para mí, para Aristodemo, para Fedro y para los demás, si vosotros, que sois los valientes, os dais por vencidos, porque nosotros somos siempre ruines bebedores. No hablo de Sócrates, que bebe siempre lo que le parece, y no le importa nada la resolución que se toma. Así, pues, ya que no veo a nadie aquí con deseos de excederse en la bebida, seré menos inoportuno si os digo unas cuantas verdades sobre la embriaguez. Mi experiencia de médico me ha probado perfectamente que el exceso en el vino es perjudicial para el hombre. Evitaré siempre este exceso, en cuanto pueda, y jamás lo aconsejaré a los demás; sobre todo cuando su cabeza se encuentre resentida por una juerga la noche anterior.

—Sabes —le dijo Fedro de Mirrinos, interrumpiéndole— que sigo con gusto tu opinión, sobre todo cuando ha-

blas de medicina; pero ya ves que hoy todos se presentan muy racionales.

No hubo más opiniones: se decidió de común acuerdo beber por placer y no llevarlo hasta la embriaguez.

—Puesto que hemos convenido —dijo Eriximaco— que nadie se exceda, y que cada uno beba lo que le parezca, creo que debemos despachar a la flautista. Que vaya a tocar para ella misma, y si lo prefiere, para las mujeres allá en el interior. En cuanto a nosotros, si queréis, entablaremos alguna conversación general, y hasta os propondré el asunto si os parece.

Todos aplaudieron la propuesta y le pidieron que entrara en materia. Eriximaco repuso entonces:

—Comenzaré por este verso de la *Melanipa* de Eurípides: «Este discurso no es mío» sino de Fedro. Porque Fedro me dijo a menudo, con cierta indignación: «¡Oh, Eriximaco! ¿No es cosa extraña que, de tantos poetas que han hecho himnos y cánticos en honor de la mayor parte de los dioses, ninguno haya hecho el elogio del Amor, que sin embargo es un gran dios? Mira lo que hacen nuestros mejores sofistas, como Pródico: componen todos los días grandes discursos en prosa en alabanza de Heracles y los demás semidioses. He visto un libro que tenía por título *Elogio de la sal*, donde el sabio autor exageraba las maravillosas cualidades de la sal y los grandes servicios que presta al hombre. En una palabra, apenas encontrarás cosa que no haya tenido su panegírico. ¿En qué consiste que en medio de este furor de alabanzas universales nadie hasta ahora haya pretendido celebrar dignamente al Amor, y que se haya olvidado dios tan grande como este?». Yo —continuó Eriximaco— com-

parto la indignación de Fedro. Quiero rendir mi tributo al Amor, y ganarme su favor. Me parece, al mismo tiempo, que cuadraría muy bien a una sociedad como la nuestra honrar a este dios. Si os parece bien, no hay que buscar otro asunto para la conversación. Cada uno improvisará lo mejor que pueda un discurso en alabanza del Amor. El turno de palabra irá de izquierda a derecha. De esta manera Fedro hablará primero, ya porque le toca, y ya porque es el autor de la proposición que os he formulado.

—No dudo, Eriximaco —dijo Sócrates—, que tu dictamen será unánimemente aprobado. Por lo menos, no seré yo el que se oponga, yo que hago profesión de no conocer otra cosa que el Amor. Tampoco lo harán Agatón, ni Pausanias, ni seguramente Aristófanes, a pesar de estar consagrado por entero a Dionisos y a Afrodita. Igualmente puedo responder por todos los demás presentes, aunque, a decir verdad, la distribución es injusta para los últimos que nos hemos sentado. En todo caso, si los que nos preceden lo hacen satisfactoriamente y agotan la materia, a nosotros nos bastará prestar nuestra aprobación. Que Fedro comience bajo los más felices auspicios y que rinda alabanzas al Amor.

La opinión de Sócrates fue unánimemente adoptada. Daros en este momento cuenta literalmente de los discursos que se pronunciaron es cosa que no podéis esperar de mí; ya que Aristodemo, de quien los he tomado, no me los contó tan exactamente, ni he retenido yo algunas cosas de la historia que me contó. Así, solo os podré decir lo más esencial. He aquí poco más o menos el discurso de Fedro, según me lo contó.

—El Amor es un gran dios, muy digno de ser honrado por los dioses y por los hombres por mil razones, sobre todo, por su ancianidad; porque es el más anciano de los dioses. La prueba es que no tiene padre ni madre; ningún poeta ni narrador se los ha atribuido. Según Hesíodo, el caos existió al principio,

y enseguida apareció la Tierra con su vasto seno, base eterna e inquebrantable de todas las cosas, y el Amor.

»Hesíodo, por consiguiente, hace que al caos sucedan la Tierra y el Amor. Parménides habla así de su origen: «El Amor es el primer dios que fue concebido». Acusilao ha seguido la opinión de Hesíodo. Así, pues, están de acuerdo en que el Amor es el más antiguo de todos los dioses.

»También es de todos ellos el que hace más bien a los hombres; porque no conozco mayor ventaja para un joven que tener un amante virtuoso; ni para un amante que el amar un objeto virtuoso. Nacimiento, honores, riqueza: nada puede como el Amor inspirar al hombre lo que necesita para vivir honradamente, esto es: rehuir el mal y perseguir el bien. Sin estas dos cosas es imposible que un particular o un Estado haga nunca nada bello ni grande.

»Me atrevo a decir que si un hombre que ama hubiese cometido una mala acción o sufrido un ultraje sin rechazarlo, más vergüenza le causaría presentarse ante la persona amada que ante su padre, su familiar o ante cualquier otro. Vemos que lo mismo sucede con el que es amado, porque nunca se presenta tan confundido como

cuando su amante le coge en alguna falta. De manera que si, por arte de magia, un Estado o un ejército pudieran componerse de amantes y de amados, no habría pueblo que llevase más allá el horror al vicio y la emulación por la virtud. Hombres unidos de este modo, aunque escasos, podrían en cierta manera vencer al mundo entero; porque si hay alguien por quien un amante no quisiera ser visto en el acto de desertar de las filas o arrojar las armas, es la persona que ama; y preferiría morir mil veces antes que abandonar a la persona amada viéndola en peligro y sin prestarle socorro; porque no hay hombre tan cobarde a quien el Amor no inspire el mayor valor y no le haga semejante a un héroe. Lo que dice Homero de que los dioses inspiran audacia a ciertos guerreros puede decirse con más razón del Amor que de ninguno de los demás dioses.

»Solo los amantes saben morir el uno por el otro. Y no solo hombres sino las mismas mujeres han dado su vida por salvar a los que amaban. Grecia ha visto un brillante ejemplo en Alceste, hija de Pelias: solo ella quiso morir por su esposo, aunque este tenía padre y madre. El amor del amante desbordó tanto el afecto de sus padres que los declaró, por decirlo así, personas extrañas respecto de su hijo, y como si fuesen parientes solo en el nombre. Y aun cuando se han llevado a cabo en el mundo muchas acciones magníficas, es muy reducido el número de las que han rescatado de los infiernos a los que habían entrado; pero la de Alceste ha parecido tan bella a los ojos de los hombres y de los dioses que, encantados estos de su valor, le devolvieron la vida. ¡Tan cierto es que un Amor noble y generoso se hace ganar la estima de los propios dioses!

La alegoría de la caverna

1. Sócrates comienza rememorando los atributos de carácter que el filósofo debe poseer, y prosigue enfatizando que esos atributos deben basarse en el conocimiento, en última instancia en el conocimiento del bien, que para él significa, como aclara este extracto, la forma del bien. Tras descartar en pocas palabras los puntos de vista de aquellos que creen que el bien es placer o conocimiento, Sócrates rechaza declarar directamente su propio punto de vista y, en vez de ello, ofrece describirlo mediante una metáfora.

—Puesto que después de muchos esfuerzos hemos llegado ya al término que deseábamos, veamos lo que sigue, es decir, con el auxilio de qué ciencias y con qué clase de ejercicios formaremos hombres capaces de mantener la constitución política en su integridad, y a qué edad deberán consagrarse a este servicio.

—Veámoslo —dijo.

—Entonces de nada me ha servido hasta ahora —dije— mi maña para dejar de hablar de la posesión de mujeres, de la procreación de los hijos y de la elección de los magistrados, sabiendo cuán delicada era esta materia y cuál sería la dificultad en la ejecución de un sistema enteramente conforme a la verdad, puesto que me veo ahora requerido a tocar estos puntos. Es cierto que he hablado de lo relativo a las mujeres y a los hijos; pero con

relación a los magistrados tengo que volver a tratarlo de lleno. Dijimos, si te acuerdas, que debían mostrar un gran celo por el bien público, y que este celo debía probarse en medio del placer o del dolor, de tal manera que ni los trabajos, ni el temor ni ninguna otra situación crítica les hiciese perder de vista esta máxima: es preciso desechar a aquel que hubiera sucumbido en estas pruebas y escoger por magistrado al que saliera tan puro como el oro fundido, colmándolo de honores y de distinciones durante su vida y después de su muerte. Entonces no dije más y oculté mi pensamiento y me valí de rodeos por temor a comprometerme en la discusión en que ahora nos hallamos.

—Dices verdad; me acuerdo de ello —dijo.

—Temía entonces, mi querido amigo, decir lo que al fin he decidido declarar, pero ahora digamos abiertamente que los mejores guardianes del Estado deben ser filósofos —dije yo.

—Sostengámoslo con resolución —dijo.

—Te sugiero que observes cuán pocos serían, porque raras veces sucede que las cualidades que en nuestra opinión deben entrar en el carácter del filósofo se encuentren reunidas en un solo hombre: normalmente se reparten entre muchos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—No ignoras que los que tienen facilidad de aprender y retener y que están dotados de un espíritu sagaz, vivo y dotado de otras cualidades semejantes no tienen normalmente una nobleza y grandeza de ánimo que los predisponga al orden, la calma y la constancia; sino que, dejándose llevar a donde les arrastra su vivacidad, no tienen en sí mismos nada estable, seguro y fijo.

—Tienes razón —dijo.

—Por lo contrario, los hombres de un carácter consistente, que no muda, con el que puede contarse siempre, y que en la guerra se manifiestan impasibles en medio de los mayores peligros, son por esto mismo poco inclinados a las ciencias. De espíritu lento, poco sensible y embotado, por decirlo así, bostezan y se duermen tan pronto como intentan dedicarse a algún estudio serio.

—Es cierto —dijo.

—Sin embargo, hemos dicho que nuestros magistrados debían tener ambos tipos de cualidades, y que sin ello no había para qué cuidarse de su educación, ni elevarlos a los honores y a las primeras dignidades.

—Razón tuvimos para decirlo —convino.

—¿Y no crees que hay pocas naturalezas de esta condición?

—¿Cómo no?

—Ahora diremos lo que antes omitimos, y es que además de la prueba a que se les ha de someter en medio de los trabajos, de los peligros y de los placeres, habrán de ejercitarse en un gran número de ciencias, para ver si su espíritu es capaz de sostener los estudios más profundos, o si se acobarda como sucede a las almas débiles en otros ejercicios.

—Es justo someterlos a esa prueba —dijo él—; pero ¿cuáles son esos estudios profundos de que hablas?

—Recordarás, sin duda —dije yo—, que después de haber distinguido tres especies en el alma, nos servimos de esta distinción para explicar la naturaleza de la justicia, de la templanza, de la fortaleza y de la sabiduría.

—Si no lo recordara, no sería merecedor de oír lo que te falta por exponer —dijo.

—¿Recordarás también lo que dijimos antes?

—¿Qué?

—Que se podía tener de estas virtudes un conocimiento más exacto, pero que para llegar a conseguirlo era indispensable hacer un largo rodeo, y que podíamos conocerlas también por una vía que nos separase menos del camino que habíamos emprendido. Al parecer, os disteis por contentos, y en consecuencia traté este punto, a mi entender, muy imperfectamente, y ahora os toca a vosotros decir si quedasteis satisfechos.

—Con respecto a mí, lo quedé —dijo—; y me pareció que los otros lo quedaron igualmente.

—Pero en materias de esta importancia, mi querido amigo —dije—, toda medida a la que falta algo ya no es suficiente: porque de ninguna cosa puede ser justa medida lo imperfecto. Sin embargo, es un defecto común darse desde luego por satisfechos, y creer que no hay necesidad de llevar más adelante las indagaciones.

—Ese es un defecto común a muchos —dijo—, que tiene por origen la indolencia.

—Pero también, si hay alguno que deba estar libre de este defecto, es el guardián del Estado y de las leyes.

—Naturalmente —dijo.

—Es preciso, por lo mismo, que dé este gran rodeo que acabamos de dar —dije— y que se ejercite lo mismo en aprender que en los demás ejercicios, o jamás llegará al más alto grado de esta ciencia sublime, que conviene a él más que a ningún otro, como decíamos antes.

—Pero ¿hay conocimiento más sublime que el de la justicia y el de las demás virtudes de que hemos hablado? —preguntó.

—Sin duda; y añadido que respecto a estas virtudes el bosquejo que hemos trazado no basta y que no se debe renunciar a un cuadro más acabado. Pues ¿no sería ridículo que se esforzara uno por dar la máxima precisión a cosas poco importantes, y que no pusiera un especial cuidado en dar la máxima exactitud a las cosas más elevadas?

—Esta reflexión es muy sensata, pero ¿crees —dijo— que vamos a dejar que sigas adelante sin preguntarte cuál es ese conocimiento superior a todos los demás y cuál es su objeto?

—En modo alguno, y puedes preguntarlo —dije—; después de todo, me lo has oído hasta la saciedad, y ahora o no tienes memoria o, lo que me parece más probable, solo intentas entorpecerme con objeciones. Me inclino por esto último, pues me has oído decir muchas veces que la idea del bien es el objeto del más sublime conocimiento y que la justicia y las demás virtudes deben a esta idea su utilidad y todas sus ventajas. Sabes muy bien que esto mismo, poco más o menos, es lo que tengo que decirte ahora, añadiendo que no conocemos esta idea sino imperfectamente, y que si no llegáramos a conocerla, de nada nos serviría todo lo demás; así como la posesión de cualquier cosa es inútil para nosotros sin la posesión del bien. ¿Crees, en efecto, que sea ventajoso poseer algo, sea lo que sea, si no es bueno, o conocer todas las cosas a excepción de lo bello y de lo bueno?

—No, por Zeus; no lo creo —dijo.

—Tampoco ignoras que los más hacen consistir el bien en el placer, y otros, más ilustrados, en el conocimiento.

—¿Cómo no?

—También sabes, mi querido amigo, que los que son de esta última opinión se ven apurados para explicar lo que es el conocimiento, y al fin se ven reducidos a decir que es el conocimiento del bien.

—Sí, y eso es muy absurdo —dijo.

—Sin duda es muy absurdo por su parte echarnos en cara nuestra ignorancia respecto al bien, y hablarnos enseguida de él como si lo conociéramos. Dicen que es el conocimiento del bien, como si nosotros debiésemos entenderles desde el momento en que pronuncian la palabra *bien*.

—Es muy cierto —dijo.

—Pero los que definen la idea de bien por la de placer, ¿incurren en un error menor que el de los otros? ¿No están obligados a confesar que hay placeres malos?

—En efecto.

—Y, por consiguiente, ¿no les pasa que llegan a admitir que las mismas cosas son buenas y malas?

—¿Qué otra cosa, si no?

—Es evidente que esta materia está llena de muchas y grandes dificultades.

—¿Cómo no?

—¿Y no es evidente también que respecto a lo justo y lo bello muchos se atenderán a las simples apariencias en sus palabras y en sus acciones; pero que cuando se trate del bien, aquellas no satisfarán a nadie, y se buscará algo real sin dejarse llevar de tales apariencias?

—Efectivamente —dijo.

—Y este bien, a cuyo goce aspira toda alma, en vista del cual lo hace todo, cuya existencia sospecha, pero

en medio de la incertidumbre y sin poder definirlo con exactitud, ni con esa fe inquebrantable que tiene en las demás cosas, lo cual le priva de las ventajas que podría sacar de ellas; este bien, tan grande y tan precioso, ¿será conveniente que la élite del Estado, a la que debere-
mos confiar todo, lo desconozca como el común de los hombres?

—De ninguna manera —dijo.

—Pienso efectivamente —dije yo— que no será un seguro guardián de lo justo y de lo bello el que no conozca las relaciones que mantienen con el bien; y auguro que nadie podrá conocer suficientemente lo bello y lo justo sin conocer previamente el bien.

—Tienes razón al augurarlo —dijo.

—Nuestro Estado estará, por tanto, bien gobernado si lo supervisa un guardián que posea el conocimiento de todas estas cosas.

—Así debe ser —dijo—. Pero, Sócrates, ¿en qué haces consistir tú el bien: en la ciencia, en el placer o en qué otra cosa?

—¡Vaya con este! —dije—. Hace rato que conocía que no querías atenerte a lo que han dicho aquellos de cuyas opiniones nos hemos ocupado.

—Lo que no me parece razonable, mi querido Sócrates —dijo—, es que un hombre que ha reflexionado durante toda su vida sobre esta materia diga cuál es la opinión de los demás y no diga la suya.

—Pero ¿qué? ¿Te parece más razonable —dije yo— que un hombre hable de lo que no sabe como si lo supiese?

—No como si lo supiese —dijo—, pero puede acceder a expresar como una opinión lo que cree.